

Escritor, no llores

Maica Rivera

Periodista | Literocio.com

Con qué ánimo escribió Carlos Fortea (Madrid, 1963) su último ensayo para Trama editorial [*Un papel en el mundo. El lugar de los escritores*, 2023] sobre el sitio que ocupan los escritores en la sociedad? ¿Y con qué talante previó el editor Manuel Ortuño que los lectores nos acercaríamos a leerle? ¿Entre la reivindicación y el deseo? ¿Pensando en pretérito pluscuamperfecto, futuro imperfecto o en condicional compuesto? ¿Con curiosidad, melancolía, furia o tal vez esperanza?

Le pedimos una pista a Fortea para emprender la lectura, le preguntamos por la prosodia: ¿*Un papel en el mundo*? Mejor: ¡*Un papel en el mundo*! El autor nos explica que quiso poner sobre la mesa las funciones de antaño de los escritores para valorar las actuales. Nos incita a que reflexionemos juntos («Hablemos al respecto, sentémonos a hablar, sentémonos al fuego») sobre todo lo que ha representado históricamente la figura del escritor y también sobre aquello a lo que aspira ser en este «mundo de hoy en el que es frecuente oír lamentos respecto a la pérdida del viejo estatus de la literatura, todo circula por el éter a velocidad de vértigo y la mención del papel resulta ya de por sí anacrónica». No promulga lamentarse al estilo de Larra en pleno siglo XXI: a leer este libro hay que venir llorado de casa.

Pero que tampoco se agote todo el esfuerzo solo en intentar dilucidar: invitamos a subir la apuesta y pasar a la acción. Elijamos barricada y armas para defender las posiciones del escritor de cara a la cuestión que es el caballo de batalla: «¿Sigue siendo necesario contar historias, escribir poemas, especular acerca de la vida y la muerte, o lo que queda no es más que un espacio para la industria del entretenimiento?». Atención, *spoiler*: sí, sigue siendo necesario hacerlo y, además, hacerlo en papel, «porque en contra de lo que creen muchos, nuestra razón de ser [la de los escritores] no está tanto

en *llegar* como en la posibilidad de dejar una huella perdurable, por ligera que sea. Esa huella reclama, exige, la fiabilidad probada del soporte en papel».

Esta es la conclusión que se va fundamentando desde el primero de los capítulos. Se recogen hitos página tras página, hasta las cien, con deleite y afán divulgativo sobre el lugar que los contadores de historias ostentan en el mundo desde que los primeros narradores orales reunían a la comunidad en torno a las hogueras. Se habla de cómo nace el estilo y también la autoría, y llega la imprenta. Se suceden anécdotas, textos y citas de autores fundacionales y herederos, entre otros: Alfonso X el Sabio y la escuela de traductores de Toledo, Lope de Vega, Machado, Valle-Inclán, Carmen Martín Gaité, Gloria Fuertes, Irene Vallejo, Vargas Llosa, Shakespeare, Balzac, Thomas Mann, Tolkien, Sartre, Camus; y el *Cantar de mio Cid*, el *Lazarillo de Tormes*, el *Quijote* de Cervantes, el *Werther* de Goethe, *Los tres mosqueteros* de Dumas o *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Ante lo apabullante de la nómina a lo largo del sucinto recorrido histórico, no es menos abrumador plantearse: «¿Están los escritores perdiendo peso en nuestra vida?». Se entrecruzan temas que no son de envergadura menor como el de la responsabilidad social del escritor, derivada de la influencia que ejerce su palabra sobre los demás, en especial la impresa en papel (por esa perdurabilidad citada). Y lo más hermoso que se nos dice es que, más allá de la fama o (improbable) riqueza que puede acarrear el oficio, el impulso de escribir surge de la necesidad de compartir esa belleza que primero nos deslumbró como lectores.

NO DISPAREN (MÁS) AL ESCRITOR

Al autor empezaron a inquietarle de veras todas estas cuestiones cuando se produjo la gran crisis hace quince años que alcanzó al sector editorial, y provocó que muchos profesionales que estaban viviendo de la literatura «quedaran absolutamente desprotegidos y empezaran a pasar hambre». Al echar la vista atrás, Fortea ve exagerado a todas luces que el desplome revistiera tal calibre, que fuera tan dramático, tan repentino, «había detrás algo más que las meras razones financieras: bajo el pretexto de las dificultades económicas que, en aquella época, sirvieron para justificarlo todo, lo que se estaba ocultando era una devaluación de la literatura en la sociedad».

Ilustra muy bien este argumento la anécdota con que se abre el antepenúltimo capítulo («Brasas») del libro, donde se recuerda que el 7 de diciembre de 2008, por primera vez en toda la trayectoria del diario *El País*, éste no informó en su edición en papel del discurso del Premio Nobel de Literatura

de ese año, Jean-Marie Le Clézio, pronunciado en Estocolmo el día anterior. «La ausencia pasó inadvertida, y, sin embargo, se trataba de alguna manera del momento culminante del año literario. No hubo ese día otro acontecimiento que relegara, por la urgencia periodística, la noticia al baúl de los recuerdos: su lugar en las páginas de cultura lo ocupaba una entrevista con Scarlett Johansson, llevada a cabo durante la gira promocional del estreno de una película». Para Fortea, «ese es el momento en el que la sociedad española, a través de uno de sus portavoces más autorizados, pasó a considerar que la literatura no era tan importante como para concederle una página entera en un día tan señalado».

Por tanto, a la pregunta inicial que lanza de si las voces de los escritores se están diluyendo en el escenario líquido de Bauman, cabe añadirse: «¿Están perdiendo presencia porque la está perdiendo el papel?». Señala el autor hacia «voces razonables que indican que no hay que confundir el papel con la escritura: lo que estamos viviendo no es más que otra transformación». No está de acuerdo Fortea en culpar de todas nuestras desdichas a la brecha tecnológica que se habría venido agravando desde los años 90. «No fue un factor tan determinante, nos han vendido una revolución digital que no existe», dice, invitándonos a «tirar de hemeroteca» para contrastar que no se han cumplido ninguno de los pronósticos, «no ha acontecido esa gran transformación anunciada del mundo del libro, que sigue siendo de papel y reporta ventas ínfimas en digital». Pero entonces, dada su inmanencia, ¿el papel legitima al autor? «El problema es ese: ahora no legitima nadie al escritor, porque el desarrollo del sistema –y esto sí es una consecuencia del impacto de lo digital, pero por el otro lado, el de las redes sociales y demás– ha ido en una dirección que puede representarse en la metáfora de llenar el escenario de un teatro de gente para que todos cuenten lo que quieran, de manera que a los actores que van a representar la obra, que también están ahí, no se les oye». Es decir, «con el pretexto del empoderamiento, de dar voz a todo el mundo, lo que en verdad se ha creado es una orquesta sorda donde no se oye absolutamente nada». Por tanto, nos devuelve Fortea la pregunta, pero nos tememos que la suya es retórica: «¿Quién te legitima en ese escenario en el que todo el mundo habla a la vez y para el que, además, se ha teorizado que todos tenemos derecho a hablar simultáneamente porque nadie es más que nadie y no hay más autoridad en unos que en otros?». A su juicio, esto es, ni más ni menos, que «el sueño de la censura, no hace falta hacer callar a la gente: basta con hacerla hablar a toda a la vez».

Y cuando nada podría parecer ir peor, irrumpieron con fuerza los nuevos derroteros de la Inteligencia Artificial. ¿O no tanto? «A corto plazo, con ca-

rácter inmediato, no veo peligros en ese ámbito», afirma Fortea. Le preocupa más, por ejemplo, la inercia que empuja a «que la lectura se contemple como mero entretenimiento para llenar el vacío de una tarde y matar el tiempo, lo que lleva a la desaparición del papel de la literatura y su sentido tradicional de transmitir, sugerir, provocar tanto ideas como sentimientos y belleza». En contraposición, reivindica el reconocimiento de «la lectura como refugio» por tomarse con ese concepto la literatura no como motor de distracción sino de acogida y calor, de encuentro con otras personas afines con las que entenderse y aprender; es decir, se ensalza «la literatura que te habla en tu idioma en el sentido moral del término». ¿Y por qué es tan difícil de hacer entender todo esto en los foros públicos, en la agenda pública?, nos preguntamos. «Porque hoy se tiende a crear falsa polémica de todo», afirma Fortea, que lamenta que los debates en abierto y tiempo real siempre «te obligan a defenderte de lo que no has dicho», ya que se sobreentiende que estar a favor de algo significa oponerte automáticamente a otra cosa; «por ejemplo, yo ahora andaría justificando que no estoy en contra de los *bestsellers* cuando jamás discutiría que haya un sitio de pleno derecho para la literatura de entretenimiento, lo que no me parece razonable es que se encoja el espacio de los demás bajo ese pretexto: en mi juventud, había sitio para las dos opciones, ¿por qué se nos pretende contar que ya no? ¿Por qué el sector privilegia un tipo de libro que no de guerra?».

FUERZAS VIVAS: LECTOR Y EDITOR

En última instancia, «los que dan su lugar en el mundo a los escritores son los lectores, que deciden si esa palabra tiene un valor y merece ser conservada y difundida», y ese reconocimiento se obtiene o no, pero jamás se reclama, a juicio de Carlos Fortea, que subraya de nuevo aquí la distancia con Larra sin dejar de apuntar otros *hándicaps*. Está clarísimo que el escritor es el eslabón débil de la cadena de valor del libro, «tal y como está concebida, el generador del producto es el menos considerado de los agentes frente al resto que obtienen proporcionalmente más beneficio del producto que el propio creador». ¿Qué batalla habéis perdido aquí los escritores, Carlos?, le preguntamos. «Supongo que esto tiene mucho que ver con la necesidad incontrolada de expresión, representada ahora mismo, por ejemplo, en el boom de la autoedición que estamos viviendo, un claro síntoma de que la gente quiere hablar como sea a cambio de cualquier coste», responde. «Si tú te dedicas a publicar poemas en Internet porque lo que quieres es que los lean y estás dispuesto a no per-

cibir nada, la consecuencia lógica es que nadie se va a ofrecer jamás a pagarte algo por ellos, y de aquí viene también el concepto de la *cultura gratis*, algo que hace flaco favor a la literatura, porque si todos aspiramos idealmente a poder dedicarnos a esto o, al menos, a dedicarle el máximo de tiempo, tiene que haber una remuneración, que nos lo permita, y esto implica que reclames esa remuneración porque si no lo haces tú nadie te la dará».

Mención aparte para este escritor que se manifiesta orgulloso de tener pocos lectores, «un argumento en el que algunos se acorazan para no aceptar la idea de que no les lee nadie». Lo verdaderamente problemático es que «somos gente muy individualista en todos los sentidos, y, por tanto, poco solidaria. Si tienes quejas, has de agremiarlas para que se puedan solucionar». Se supone que vivimos en la era de la hiperconectividad, pero, paradójicamente, «el resultado real es que la nuestra se ha convertido en la época de la comunidad laxa, hay una comunicación mayor pero de mucha menor intensidad, la gente se mantiene en una distancia mutua que acaba siendo la más cómoda que no genera compromisos ni obligaciones, y eso es dañino al final». Fortea aconseja, en esta era de la globalidad, «escuchar tanto el elogio como la crítica porque el escritor no está para replicar a lo que le digan sino para encajarlo, ha de tener las orejas muy abiertas para que le llegue el impacto que causa lo que escribe».

¿Y el editor, está ayudando a los escritores a encontrar su lugar en este nuevo mundo? Depende del editor, claro. «Está el editor clásico, con el que yo me entiendo bien, que se lee los libros y los selecciona en función de un catálogo y el mensaje que quiere transmitir su editorial; y luego está otro editor, el ejecutivo de empresa, que subcontrata a las personas que leen el texto y luego lo interviene no al estilo americano para mejorarlo sino para que sea más vendible, y toma decisiones en función de unos informes en los que la valoración es fundamentalmente comercial». Fortea no enjuicia la existencia del segundo perfil de editor, con el que manifiesta menor afinidad, pero considera «perturbador que cada vez haya una división más intensa entre ambos tipos, que se haya partido el mercado en dos, el de la edición comercial y el de la literaria o independiente, algo que es incómodo incluso para los escritores que se benefician del sistema».